CHARLAS ACADÉMICAS

CENTENARIO DE ALEXANDRE DE LABORDE, EL HISPANISTA MAGNÁNIMO

En octubre de 1942, en una de las primeras sesiones del curso 1942-43, acordó la Academia de la Historia que fuera yo el ponente para informar, a petición de la Dirección General de Bellas Artes, Ministerio de Educación Nacional, sobre declaración de «Monumento Histórico-Artístico» de los Baños Arabes llamados del Almirante en Valencia: la comunicación de la Secretaría llevaba la fecha del 15 de octubre de dicho año 1942.

El único que estudiara tal monumento eficazmente, fué, siglo y medio antes, el Conde Alexandre de Laborde, dando en el volumen o parte 2ª del tomo I (tomazos son, muy al superlativo), la planta y el alzado, secciones y detalles (lámina XCVIII), y el texto correspondiente (p. 78). Dicho volumen, parte 2ª, fué publicada (con retraso, ocasionado por la guerra «peninsular», que nosotros llamamos «Guerra de la Independencia»): en el año 1811, cuando el volumen 1º del tomo I, se publicara en 1806. El libro aludido, su *Voyage Pittoresque et historique en Espagne*.

Luego atendí yo al repaso del tema, que no me era desconocido, pues en mi *Guía Regional: Levante*, había de dar la brevísima nota que di del monumento.

Pero del autor-editor, es decir, del que fué famoso Conde Alexandre de Laborde, nunca había yo saciado mi afán de conocerle y el de tratarle (digámoslo así): el de conocerle retrospectivamente. Y así, en la fecha dicha, en el mes citado, quise saber algo de él, saciando mi vieja curiosidad; y al repaso consiguiente de Enciclopedias en cuatro o cinco lenguas distintas, supe sucintamente de sus andanzas y sus empresas culturales, entusiastas de verdad; mas sabiendo que acerca de él no se dice que se haya escrito ninguna monografía, ¡que bien la mereciera!

Y al tomar yo, al menos, las notas que diremos «oficiales», vi que si nació en París en el año 1773 (o 74), allí también murió en octubre de 1842, y el día 20 de dicho mes y año. Es decir, que al recibir yo el oficio de la Secretaría de la Academia, y al atender en seguida a la idea del encargo, estábamos precisamente en los días del centenario de la muerte, primer centenario de un tan entusiasta, tan plenario entusiasta hispanista, como lo fuera Alexandre de Laborde; y así ya, muy luego, pensé en hacer conmemoración en la Academia, como aquella otra que quise también que fuera conmemoración centenaria de nuestro padre Alfonso Chacón, el verdadero iniciador de la Arqueología de la Arte Cristiana, al que dediqué en la Academia sesión especial en diciembre, la que estaba precisamente preparando en aquellas semanas; saben quizá mis lectores cómo, ignorándolo todos en Italia, la fecha de natalicio del P. Chacón, documentalmente, se había ya rectificado (¡nacido el 1530, no en 1542!).

Pero yo, de Chacón, en realidad, era mucho lo que tenía ya estudiado en Roma, de años antes; cuando, en cuanto a Laborde, tenía sólo en las puras ciernes el estudio bibliográfico (el de sus solos pero grandes libros sobre España), y todavía en menor conocimiento todas sus andanzas, toda su vida en España, como toda su biografía, algún tanto cosmopolita.

Otras atenciones mías de estudio me han embargado en los más de los meses de 1943, y solamente, al ver que se me escapaba todo el año del centenario (mejor dicho: el del postcentenario), es cuando pude atender al estudio correspondiente, al menos con los libros que he podido ver en Madrid en el verano de 1943. Y así la 3ª sesión del nuevo curso, 1943-44, y sesión especial y *ad hoc*, es la que he logrado ver dedicada a la memoria del hispanista de los tiempos napoleónicos.

Lo primero que vine en saber fué que era español de estirpe, aunque no de nacionalidad oficialmente, pues su padre naciera español, aunque luego se nacionalizara francés: hallazgo de nuevo motivo para mi atención, primeramente para explicarse el gran fervor del españolismo del hijo, y en segundo lugar para interesarnos más toda la vida de éste, sus andanzas y aventuras y el temple y el ahinco que supo poner, atentamente: él rico, él potentado, él, finalmente, personaje político de cuenta en el período de la *restauration* y en el subsiguiente de *la monarchie de Juillet*, como antes en los tiempos del napoleísmo auténtico: el de Napoleón I. Su padre fué adicto banquero e instrumento financiero de Luis XV. El hijo de Alejandro, después, el intelectual, el erudito, el arqueólogo (más profesional en todo ello que Alejandro), aún tuvo también altos cargos con el segundo imperio, aunque los propios de su especial competencia, y si diplomático con Chateaubriand y diputado en tiempo de Luis Felipe, fué también senador con Napoleón III.

Algo debemos decir del padre y del hijo del hispanista De Laborde: del padre, por ser español de nacimiento; del nieto, por ser arqueólogo verdaderamente profesional.

El padre: primero.

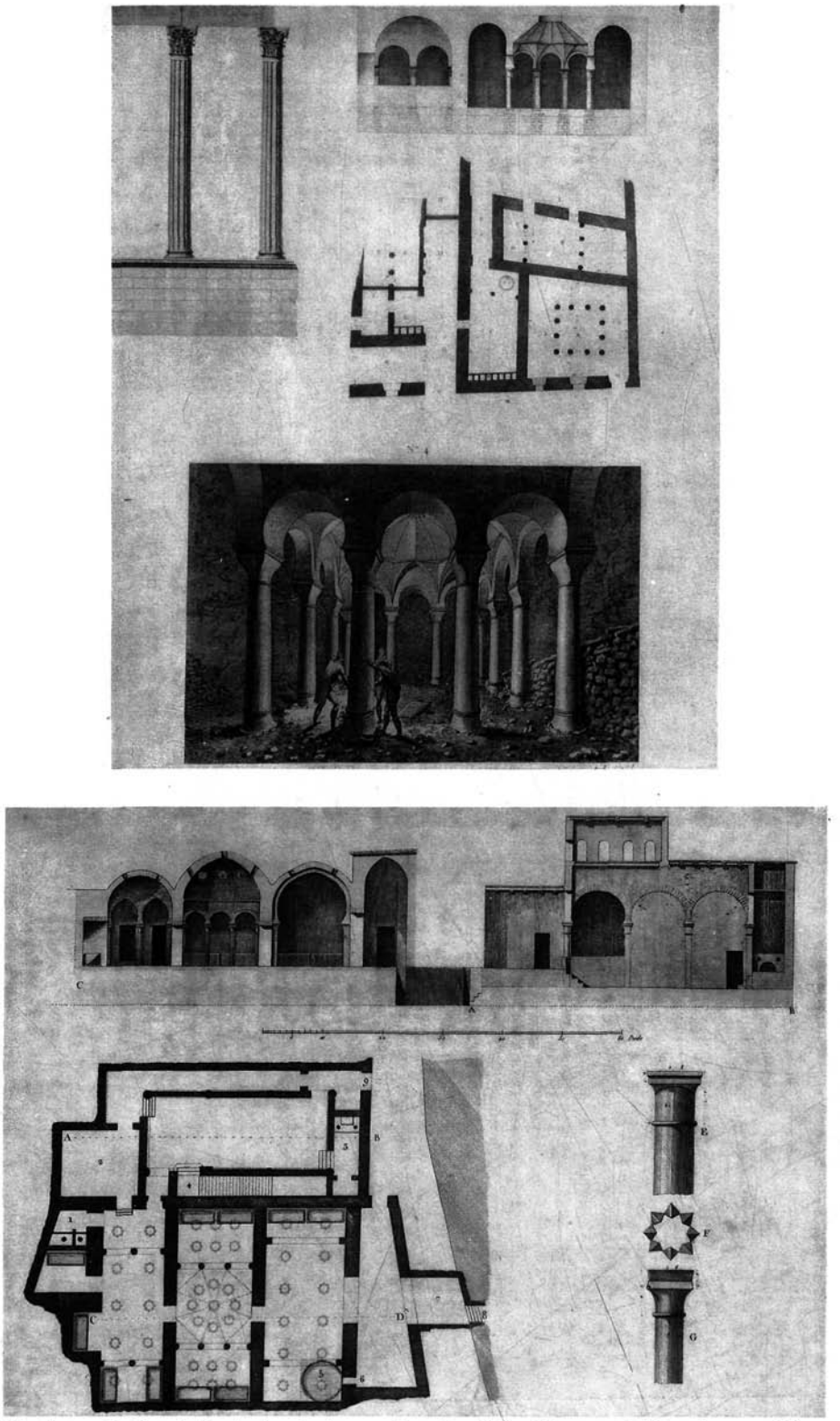
Llamábase Juan José, Marqués de Laborde: banquero francés, pero nacido en Jaca (provincia de Huesca) en el año 1724. Se le conoce como comerciante en Bayonne, y hay que presumir que la base de su gran fortuna fuera el

comercio, más o menos legal, a través de la frontera, en aquella época de fortísimos derechos de Aduanas. Si Jaca está al pie de de los Pirineos lado Sur, precisamente al pie y al lado Norte está como la población de Bayonne, aunque ésta mucho más al Oeste, la población de La Borde, en la comarca de la Bigorre: de ella tomaría apellido (creo yo) la familia aragonesa.

Acrecentada la fortuna de Jean Joseph Laborde, llegó en poco tiempo (dicen) a ser el primer banquero de Europa. En tiempo del Duque de Choiseul — quien, criatura de la Pompadour, fué Ministro de Asuntos Exteriores en 1758, de la Guerra en 1761 (expulsor de los jesuítas en 1764), y caído del poder en 1770, a contrainfluencia de la Dubarry, muriendo en 1785 — fué de Laborde banquero de la Corte, y se hizo notable por su caridad con los pobres y por sus espléndidos donativos para fines benéficos. Y claro, que cuando sobrevino la Revolución francesa, señalado fué a las iras revolucionarias; acusado ante el tribunal revolucionario como culpable de haber conspirado con los agiotistas y haber trabajado para minar el gobierno de la República, fué condenado a muerte, y fué luego degollado por la guillotina en París, el 18 de abril de 1794, cuando contaba ya sus setenta años de edad; su hijo, nuestro hispanista, contaba a la sazón veinte años, y estaba ya al parecer en el extranjero, educándose en Austria: en Viena.

El cual hijo, por caso rarísimo en sus libros referentes a España, en que tan pocas referencias hace a su persona y la de los suyos, nos dió, en una nota y como corroboración de un párrafo del texto, una noticia curiosísima para nuestra Historia política, precisamente en relación con su padre el banquero.

Es cuando en el *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, en la tercera edición francesa del 1827, al tomo I y página XXII de la «Introduction», ha dicho antes estas palabras definiendo a los españoles: «El español es desconfiado y reservado;



Plantas y alzados de los baños árabes, en la calle «Baños Nuevos» de Barcelona perdidos, y en la de los Baños del Almirante de Valencia, conservados. (Columnata del templo de Hércules de Barcelona).

Reducción al 1|3 de la media lám. X del t. I, v. I del Laborde. Dibujo de Moulinier, grabado de Baltard. Y reducción al 1|4 de parte de la lám. XCVIII del t. I, v. II. Dibujo de Moulinier, grabado de Fayn.

HAUSER Y MENET
MADRID

son largas sus inquietudes; mas cuando él cree reconocer en sus superiores, y aun en sus iguales, las cualidades de lealtad y de generosidad que están a la base de su carácter propio, pasa entonces de un exceso al otro, y luego su confianza y su adhesión no tienen límites: es éste, un homenaje que el reconocimiento, tanto como la verdad, me obligan a proclamar.» Y a tal frase del texto, dice otras en nota, nota para nosotros inapreciable, y la que es única confidencia del escritor acerca de su intimidad familiar.

La nota dice así: «Fué la confianza que mi padre había logrado inspirar a los españoles, la que le dió los medios para rendir al Estado [el francés] servicios importantes. Monsieur el Marqués d'Aubeterre, embajador de Francia en España, había sido encargado, en 1758, de solicitar del Rey Fernando VI un préstamo de treinta millones [no dice la moneda]; el Embajador había entregado al Rey de España una carta del Rey de Francia a tal objeto, y había tenido el disgusto de comprobar una negativa. Las necesidades del Estado [el francés] venían a ser más y más urgentes: el Rey envió a mi padre, a la sazón bien joven [tenía entonces el primer Laborde, sacando yo la cuenta, sólo treinta y cuatro años], para intentar levantar de nuevo esta negociación. Después de numerosas dificultades, mi padre recibió del Conde de Valparaíso [Gaona era su apellido] una respuesta, en la cual, el Ministro se explicaba así: «Yo sé que usted es un buen servidor de S. M. T. C. [del Rey de Francia: su majestad cristianísima: «très-chrétienne»]: vos amáis sus intereses, pero amáis también la buena inteligencia entre las dos Cortes. Según esta manera de pensar, y conociendo vuestra prudencia, yo no debo divertiros más. Nosotros no haremos ciertamente a S. M. T. C. el préstamo de treinta millones de libras que se nos pide; pero yo consiento en prestaros a vos, a vos personalmente, dos millones de «piastras fuertes», que son el tercio de aquella cantidad [la pedida de Rey a Rey, de Borbón a Borbón]. Las condiciones

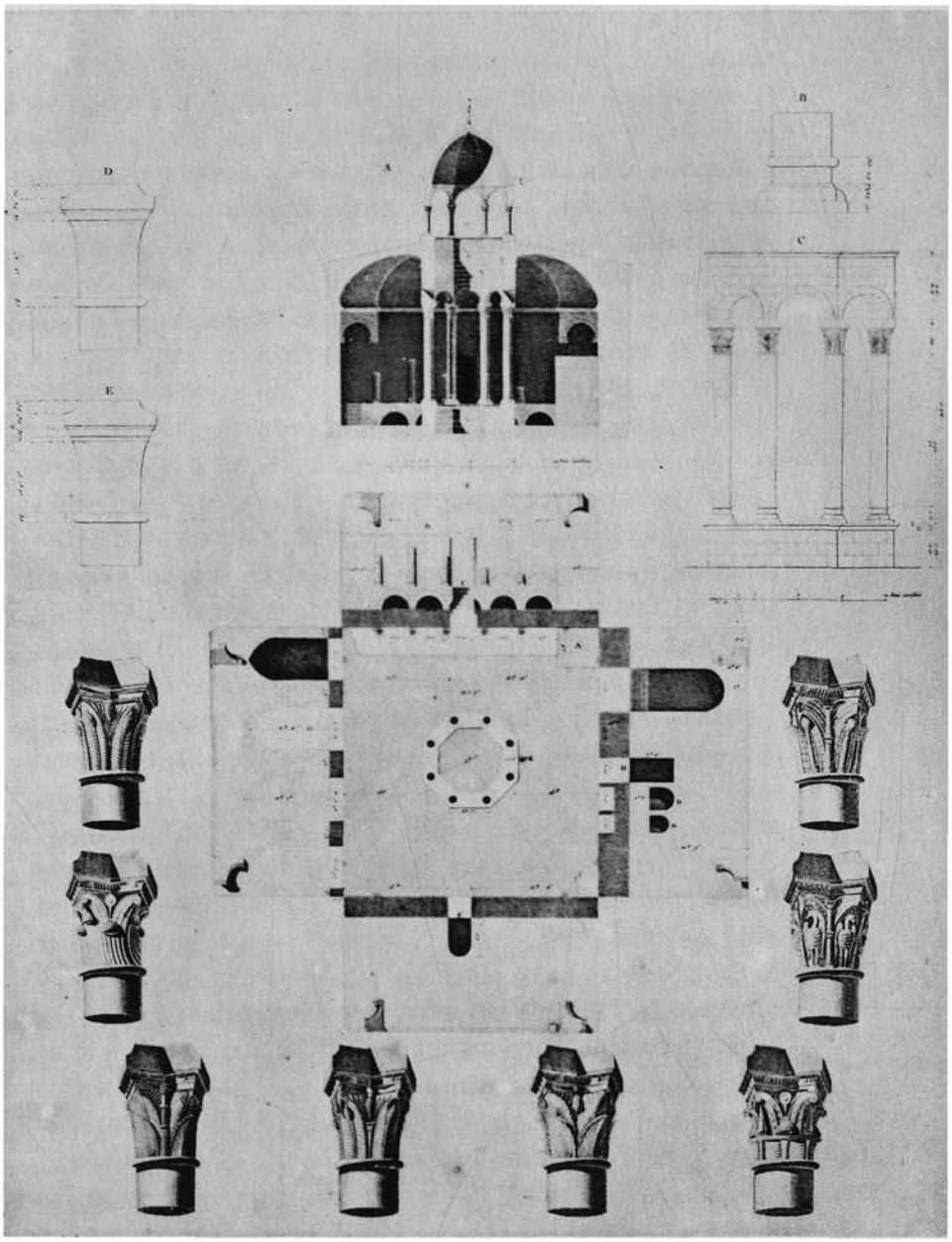
serán pactadas a vuestra satisfacción. Trataremos nosotros de lo uno y lo otro por correspondencia [por cartas]. Vos podéis partir cuando queráis; porque el Embajador inglés tiene en Vos fijos los ojos, y yo sé que él está fuertemente preocupado del objeto de vuestro viaje.»

Este verdaderamente inapreciable documento, en guerra entonces Francia e Inglaterra, y neutralísimo Fernando VI, demuestra cuál y cuán grande era el prestigio de honradez y de fidelidad y de reserva del joven banquero, al hacerle tapadera de un secreto y tan cuantioso socorro de España a Francia. (Y fué en tal año cuando Choiseul pasó a ser Ministro de Luis XV, empinado por la Pompadour, la querida oficial del monarca, la que había de morir seis años después, de sólos cuarenta y tres años.)

La vida y la bibliografía de nuestro hispanófilo Alejandro Laborde, quien primero se dice simplemente Monsieur, después Conde, y nunca Marqués, como Marqués lo fuera el padre, Juan José, y andando el tiempo el hijo León y el que creo el nieto, Alejandro, también académico correspondiente de nuestra misma Academia de la Historia, que creíamos fallecido, no sé que se haya escrito en texto especial, y me he de reducir a las conocidas notas más principales.

Ya dije su fecha de nacimiento en París, en 1773 (no como se decía, en 1774) y concretamente el 17 de setiembre. La de su muerte, en el mismo París de su nacimiento, fué (ya lo dije y lo comenté por la idea de celebrarle el centenario) el 20 de octubre de 1842. Vivió, pues, cumplidos sesenta y nueve años; y había quedado sin padre cuando él, el hispanófilo, tenía más de veinte años, sin alcanzar los veintiuno. Su hijo León y en tantas cosas su sucesor (vocación, estudio, viajes, política... título nobiliario) le nació en París el 13 de junio de 1807, cuando él, Alejandro, tenía más de treinta y dos años.

Conocido nos es el hecho de sus estudios en Austria, sin que sepamos a ciencia cierta el motivo de su desplazamien-



Planta, sección y detalles de los llamados «baños árabes», de Gerona: singular obra románina en clausura monacal, siglo XII-XIII.

Reducción al 1|7 de la lám. LXXXVII del t. I, v. I del Laborde. Dibujado por Moulinier, grabado de Benoist.

HAUSER Y MENET
MADRID

to, pero adivinándose bien fácilmente: que el padre, avisado y previsor, y ante la enormidad de la Revolución francesa (la «révolution» por antonomasia), prudentemente y bien previsoramente, puso a salvo a su hijo, dándole educación militar, concretamente educación naval, pero lejos, en Viena, puesto que se le había predestinado para la Marina, la que en Austria, por lo visto, se estudiaba no cerca del mar, sino a las orillas del Danubio azul, en aquella orgullosa y arcaica monarquía imperial, que iba a ser dueña de buena parte de la costa del Adriático, a la que acudir podían fácilmente sus «guardias marinos». «Destinado muy al principio a la Marina, su padre le envió a Viena hacia el año 1789» [dice un texto: y tendría en tal fecha quince años]; «Alejandro sirvió en la armada austríaca; volvió [añade] a Francia en 1797» [tenía a la sazón cosa de veintitrés años, y era ya de tres a cuatro años huérfano de padre], «y desde entonces se dedicó al estudio a que tenía inclinación. Viajó (dice uno de los textos) por Italia y España, y después de muchas exploraciones compuso...» (los libros, tales, refiriéndose a los de hispanista: *Voyage Pittoresque en Espagne* y el *Itinéraire*... [fechados en 1806 y 1808...]... Otro texto de los biográficos abreviados, dice esto mismo, pero de este otro modo: «Emigró cuando la Revolución, y sirvió en el ejército austríaco hasta 1797 [la misma fecha]. Después viajó por Inglaterra, Holanda, Italia y España.» Este orden sucesivo de países nos parece el más probable, pues el atractivo que por viajes pudiera sentir un joven del siglo XVIII, marcaba la preferencia por Italia, por Inglaterra. Alejandro, singularizándose más que algún tanto, iba a preferir el estudio, y antes la visita, y las visitas, a España: por herencia, pues era hijo de español de nacimiento; también porque seguramente de Bayona, tan en la raya de España, debió de recalar alguna vez, acaso de niño, quizá de joven, ya que en Bayona se hiciera rico el padre, y presumiblemente allí tendría después sucursal la empresa bancaria, por lo demás

parisién y cosmopolita, del primer Marqués de Laborde. Lo cierto es que si en otras partes (Austria, Italia, etc.) fué curioso turista, estudioso turista también, fué su mayor primer empeño de estudio el que le califica de hispanólogo e hispanófilo a toda evidencia.

Véanse, si no, unas fechas: de su primera parte del magno (de coste y a su costa y de estudios ajenos y propios), entre sus libros, es la de 1806 *(Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne)*, y el libro de más extenso empeño de hispanófilo, hasta el día de hoy, en su primera edición y en todos sus muchos tomos, el *Itinéraire*, es del año 1808. Y los tres restantes volúmenes de la obra lujosísima y carísima, el citado *Voyage*, aun retrasados por la guerra nuestra de la Independencia, llevan las tempranas fechas de 1811, 1812 y 1820: cuando su carrera administrativa no comienza sino en 1808 (Auditor del Consejo de Estado) y no se acusa activa sino en 1810 (Director del servicio de Puentes y Calzadas del Departamento del Sena), y cuando su golpe de prudente audacia y fortuna consiguiente es del 1815, a la entrada en París de los aliados y los legitimistas, cuando él puede escribir su impreso *Quarante-huit heures de garde au Château des Tuileries pendant les journées des 19 et 20 Mars 1815* (publicado en 1816). Diputado a Cortes, lo comenzará a ser en 1822: principio de su carrera política.

Las primicias de sus libros corroboran la total primacía cronológica de los de hispanófilo. Su *Voyage Pittoresque en Autriche* (cuya resonancia ha sido escasa en comparación a su propio modelo: el *Voyage Pittoresque et Historique* [nótese *et historique] de l'Espagne)* es de 1821-1823; su *Paris municipe*, de 1833; su *Versailles ancien et moderne*, de 1840, y el *Voyage en Orient par le Compte Alexandre de Laborde, Messieurs Bécker et Hall, redigé et publié par* [el hijo] *Léon de Laborde... près de 400 vues et sites historiques de l'Asie Mineur et de la Sirie, d'après nature* (dos tomazos en gran folio, con litografías de mano del hijo) se publicó en 1830. Algo antes que estas pu-

blicaciones, pero también después de las de hispanista, es en 1808-1815, cuando publicó el libro *Description des nouveaux jardins de la France et de ses anciens châteaux.* En 1816-26 publicóse su libro *Les Monuments de la France classés chronologicament.*

Casi todos estos otros libros que acabamos de citar son, no sólo posteriores a los de España en las primeras ediciones de los de hispanófilo, sino a las mismas segundas ediciones: del «grande» (en formato), el *Voyage,* la segunda edición, en París también, fué en 1823, y allí, el extenso (en texto), el *Itinéraire,* en París tuvo, a más de una segunda edición, su tercera y mejor edición en 1827 a 1830.

Más aún: pues antes de los hispánicos *Voyage* e *Itinéraire,* ya había publicado Alexandre de Laborde, y es primicia de sus obras, una otra, hispanófila también, sobre el mosaico, a la sazón recién descubierto entonces en Itálica.

El mosaico se descubrió en el año 1799, y con no aparecer completo, sino con grandes lunares aislados entre sí, tuvo que llamar la atención de todos: en el rectángulo alargado central mostraba los juegos de un circo romano, y en las bandas laterales que lo recuadraban veíanse variados temas en círculos, siendo los más interesantes los de bustos de cada una de las Musas (la serie no completa). La descripción de este «empedrado de mosaico» (en frase vulgar) descubierto en Itálica tan cerca de Sevilla, dió tema de estudio, a la vez literario y pictórico, al joven Laborde, quien publicó la monografía en edición en folio en 1802, según se suele decir. Y digo que según parece, porque no pudiendo hasta hoy conocer *de visu* el impreso, lo veo citado con esa fecha de 1802, pero también lo veo citado (pero es errata) con la de 1808 (!): el autor lo dice en 1800, y con 20 estampas en color, en nota del gran libro: era (él lo dice) gran *in-folio,* y publicado por la casa Didot de París, y era toda la ilustración con láminas en colores *(Itinéraire,* p. 266, nota del tomo III de la 3ª ed.), que sabemos que se trabajaron por

acuarelas de copias, del mismo Alexandre de Laborde. El dice que a la llegada a Sevilla de las tropas francesas estaba ya muy deteriorado, y que el coronel, tan amigo suyo, y geógrafo tan notable, Bory de Saint-Vincent, obtuvo del Maréchal Soult, de quien era Ayudante de campo, que lo mandara restaurar y tenerlo cubierto, aunque ya Laborde no sabía en qué había parado en definitiva [1].

Resulta, pues, que en 1800, más probablemente que no en 1802, ni menos en 1808, se publicó, sobre el hallazgo de Itálica, el que resultaba ser el primer trabajo conocido de Alexandre de Laborde, y era cuando él tenía veintisiete años [2].

[1] Bory de Saint-Vincent dió para sucesivas ediciones de las obras de Alexandre de Laborde (no para las primeras), dos excelentes mapas de la Península, iguales de escala: el uno, la *Charte* física, y el otro, la política de España y Portugal: Laborde los repitió en ambos sus libros hispánicos en nuevas ediciones. Del geógrafo, es curioso que en el uno de los dos se llame a sí mismo, en forma insólita, ex Coronel, pues se apartó del Ejército por bonapartista, el que a la vez se sigue llamando Barón, que fué título seguramente que dado por Napoleón. También noto que los letreros grabados dicen dos cosas distintas y que creyéranse las propias para las obras de Laborde, sin serlo a la letra; en el mapa «físico» se dice: *pour servir au Guide du voyageur en Spagne et Portugal,* que es cuando el militar-cartólogo y geógrafo no se pone el título de Barón ni otro alguno; mientras que en el otro, el mapa «político», que es donde se titula Barón y ex Coronel, dice: *pour servir au voyage pittoresque de M. le Comte Alex. de Laborde.* Este los logró todavía en la primera edición del grande, pero al último tomo.

[2] El mosaico de Itálica citado en el *Voyage* va también reproducido, pero solamente en conjunto, en la plancha LXXXV, en la cual se dice, a izquierda del que lee, *Dessiné par Alex. de La Borde* [sic], y a derecha, *Reduit et gravé par N. L. Rousseau.*

Advertiré, desde luego, que las láminas y las planchas, ellas mismas, no dicen la numeración, pero sí el texto respectivo que a ellas llama. Y así, por tal sistemático descuido, los encuadernadores del libro tan monumental, las han puesto, si con algún orden, no precisamente el de la numeración romana que a ellas se refiere, pero que ellas no ostentan.

Inauguróse, pues, escritor, con trabajo referente a España, pero sobre tema de la civilización clásica, que en la segunda mitad del siglo XVIII era la intransigente dictadora para todos los varones cultos de toda Europa, todavía estando lejano el renacer romántico del arte medieval, y estando más intransigentes que nunca los neoclásicos estilo Imperio.

De semejante exclusivismo clásico, Laborde se libra en seguida: pues si en su *Voyage* y en su *Itinéraire*, tan grande parte se da a los restos en la Hispania de lo grecorromano (arquitectura, estatuas, relieves, mosaicos e inscripciones), proporciónase adecuadamente con ello lo mucho que se estudia y se pregona de arte árabe y aun del arte gótico mismo, al menos en los grandes monumentos, las Catedrales nuestras.

Considerando yo que Laborde al venir, a empeño de grandes estudios, a España al primer decenio del siglo XIX, ya conocería, además de la Francia y la Alemania, la misma Italia, y acaso ésta bien vista y bien estudiada, aún me sorprende más su gran apasionamiento por nuestro Arte Arabe. En este punto hay que pensar en una nueva pasión suya de *dilettante*, pero a la vez en una positiva influencia de nuestros estudiosos.

Es, éste, punto que merece estudio especial, y relacionado como está con una nuestra empresa cultural, que él aprovechó y que él popularizó en Europa. Nos es al caso muy preciso comprobar, comparativamente, la parte del gran álbum-libro que es el *Voyage* de Laborde, con el álbum, o álbum-libro, que no lleva nombre (en su primera parte), o lleva (en su segunda parte) el nombre modesto de don Pablo Lozano, «Bibliotecario de S. M.», para poder aquilatar el valiosísimo servicio que Laborde prestó a España, sin haber de recaer nosotros en exageración en uno o en otro sentido.

Como hispanista, Laborde ofreció al mundo dos densos libros, que se cumplimentan: el primero el lujoso de texto gran folio, el *Voyage* (1806, 1811, 1812, 1820), pero además densísimo de láminas; y el segundo, con pocas láminas, de muy largo texto, verdadera enciclopedia de lo hispánico, *L'Itinéraire descriptif* (1808).

De ambas grandes empresas (cuyas mutuas repeticiones, las precisas, son proporcionalmente mínimas, y abreviadas o en el uno o en el otro libro), se integra un todo cual único: son los dos productos sazonados de una misma actividad de un hombre, coadyuvado (aparte el dominio de una muy completa bibliografía hispanista) por otros, o sabios, o especialistas, o bien artistas. Laborde nos ofrece en la suma de tales dos libros un anticipado ejemplo, del modo de trabajo colectivo de estudiosos, no disímil al que ahora significan las colmenas de «Institutos» de nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sólo que el Mecenas es a la vez el Director y el redactor (y a las veces el dibujante también), y, en cuanto a lo arqueológico, lo artístico, lo pintoresco, el principal viajero, el más curioso turista, aun pagando los viajes de los colaboradores.

Debemos, aun para lo bibliográfico de esta nuestra reseña, comenzar y detenernos más en lo gráfico que en lo literario; entre otras razones, porque la consiguiente rebusca nuestra, al preocuparnos hoy (un siglo después) de la biografía del Laborde hispanista, es más fácil, es más hacedera estudiándole su «álbum» de las láminas que no estudiándole su texto, hijo como es éste de tantas lecturas, a la vez que de tantas y cuantas visitas y de un cúmulo inmenso de conversaciones por la mayor parte de las regiones de España.

Vamos pues, primeramente, a enfrentarnos con las láminas de su *Voyage,* grabados, que le hubieron de exigir largos viajes, suyos y de sus artistas, y tarcas, en París, de grabadores, etc., todo entonces carísimo, y todo a su costa.

Dicen sus biógrafos que la tal obra fué casi su ruina económica, y es ello bien verosímil, salvo que haya exageraciones en la tal sentencia.

Pero, ya en este punto, del estudio de lo que llamo el «álbum», o sea el conjunto de las láminas del *Voyage*, me toca enfrentarme con una cierta opinión, que, fijándose concretamente en algo de lo más completo y llamativo del «álbum» de Laborde (aludo a las láminas de nuestro arte árabe granadino, y de nuestro árabe cordobés, también), cree que no tienen otra importancia que la de dar repetición a tarea y trabajo de españoles, y en anterior encargo académico y oficial; y yo considero aquí preciso el repaso del problema, nunca hecho hasta ahora.

Ya Laborde en España, ya bien pocos años o sólo meses después de su primer trabajo de erudito y arqueólogo, el referente al mosaico de Itálica (años 1800 o 1802 al sumo), fué cuando en 1804 se publicó, precisamente con la modesta firma de don Pablo Lozano, el admirable resultado solamente gráfico del estudio en Granada, y en Córdoba también, de una comisión académica compuesta por los arquitectos Hermosilla, Arnal y Villanueva (Juan): año 1804, y de muchísimos años antes la iniciativa de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, de Madrid.

Los grabados son magníficos, cuando el texto es comparativamente diminuto, muy corto: una o dos líneas por lámina. Corto e... inexpresivo. Se titula el libro *Antigüedades árabes de España*. Las láminas (algunas plegadas, a uno o dos largos pliegues por su mucha extensión), y en gran folio todas, no son sino 29: 24 de Granada y 5 de Córdoba, en ninguna de las cuales, por faltar en las planchas y por no añadirlo tipográficamente tampoco, se detalla cosa, no diciéndose siquiera el arquitecto (de los tres) que dibujara cada una de ellas, ni tampoco el grabador que trasladara a la plancha metálica el correspondiente dibujo (en esto

hay escasísimas excepciones: tres veces una firma misma, y es en copias de otras tantas inscripciones arábigas). Sólo hay textos extensos en lo epigráfico, del arabista Lozano, quien descifró y dió traducidas las inscripciones arábigas que se habían grabado.

Lozano era «Bibliotecario de S. M.», no sé si uno de tantos o el Director de la magna Biblioteca (que no lo creo), y se le dice «Académico de honor de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando», que es, al parecer, la editora, aunque en el catálogo de su Biblioteca, hoy, no figure ejemplar de la tal publicación.

El texto va en un solo doble pliego de Indice de láminas del primer «tomo» o entrega, y en solas diez hojas del 2° o la 2ª, y las tales diez hojas, solamente dedicadas a la lectura e interpretación de las inscripciones árabes arquitectónicas, así las cúficas de la Aljama de Córdoba, como las nesjíes de la Alhambra, pues Lozano era eso y sólo eso: un arabista (y arabista de su tiempo).

Pero con todo, mil gracias hay que dar a Lozano por su celo en la publicación, que con retrasarse tantos años, al fin Lozano la ocasionó y la hizo decorosamente posible.

De años ¿diré que de siglos? larvada en Andalucía, sobre todo en Granada, había una pasión y un consiguiente estudio retrospectivo de los monumentos árabes de nuestro suelo. Me atreveré a decir que ese especial romanticismo era ya viejo, muy viejo, que precedía de siglos al romanticismo extranjero del siglo XIX. En la nación de la popularidad de los romances de moriscos y en el mismo tiempo del pleno Renacimiento clásico, latió en España siempre el confesado o inconfesado amor al arte árabe. No me toca pedir ayuda a mi escasa erudición; bástenme dos recuerdos: ¡disgustos, históricos disgustos, por el «quiste» del crucero renacentista, dentro de la Aljama-Catedral de Córdoba!, ¡disgustos históricos por el «postizo» (¡bellísimo que él es!), por el inadecuado palacio de Carlos V, a la vera del árabe

de la Alhambra!, y disgustos son del mismo siglo XVI, conste así, es decir, de la mismísima «luna de miel» de nuestro Renacimiento.

Y especialmente en Granada no faltaron, ni aun entonces, los estudiosos del arte árabe. Me ahorra el trabajo, pudiendo yo referirme al que en la *Revista de España*, t. XCVII (número de 25 de marzo de 1884), publicó don Juan Facundo Riaño, con el título *La Alhambra: Estudio crítico de las descripciones del Palacio Arabe*, aunque anduvo Riaño el predecesor, el titular de la que fué mi cátedra [1], parco e injusto con Alexandre de Laborde. En efecto, sólo dijo (p. 187) estas bien parcas razones: «La serie de obras extranjeras de parecida índole, impresas en lo que va de siglo [el XIX], es infinitamente más numerosa [que en el siglo XVIII], pero sin interés bastante para ocuparse detenidamente de su examen, en razón a lo mucho que unos a otros se repiten. Descuella a principios de siglo la de Mr. Alexandre de Laborde entre las demás», y sólo poniendo en nota, la llamada al *Voyage...*, «cuatro tomos en folio». Añadiendo en la nota, e inexactamente a la palabra final: «De ella se han hecho varias ediciones, y una en español», cuando la edición española, única, no alcanzó a más volumen que el 1° del tomo 1°, es decir, tan sólo a Cataluña, y no al 2° del 1°, el de Valencia y Extremadura, ni menos al 1° del 2°, que es

[1] Riaño fué, en la Escuela Superior de Diplomática, catedrático de Historia del Arte. Al jubilarse se anunció la vacante y la oposición, y durante varios, bastantes años, no se reunió el Tribunal. Al suprimirse la Escuela, refundiéndola con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y a inspiración de Sánchez Moguel, se suprimió tal asignatura (!). Algunos años después, en Ley de Presupuestos, se volvió a crear, a la vez que alguna otra cátedra, y en los concursos consiguientes, vinimos a la Central Ribera y Tarragó y yo mismo, cuando éramos catedráticos de provincias; después del largo «interregno» volvía a haber en Madrid catedrático universitario de Historia del Arte, el curso de 1904-5.

el de Andalucía... Tal descuido quita autoridad al trabajo de Riaño, y creo que se le debe acusar el resbalón, con el tan módico tasado aprecio del empeño más generoso y más a plenitud de éxito europeo, de una información gráfica espléndida sobre la Alhambra, que conjuntamente con el Generalife, alcanza en el Laborde a no menos de cuarenta grandísimas espléndidas láminas en verdadero grabado, esfuerzo entusiasta y magnánimo que para el extranjero no ha tenido pareja en la Historia de nuestra erudición gráfica [1].

No es de mi caso el hacer aquí lista e historia de los predecesores de nuestro Laborde, concretamente, y si no nos redujéramos a lo árabe de Granada, aunque es lo principal, a los trabajos de Alvarez Colmenar (4 vol., en 707, en Leyden), pero sobre *Delicias de la España y Portugal*, o el tomo de Henry Schwinburn, de grandes láminas en folio (1775-76, el viaje del inglés; 1778, la edición).

Mas para Granada, Laborde y sus artistas, sí que trabajaban sobre las huellas del laudable pero deficiente esfuerzo de Diego Sánchez Sarabia con todas sus después felices consecuencias. Sarabia envió a nuestra Real Academia de San Fernando, la de Bellas Artes, las tan defectuosas pero

[1] Riaño, en el lugar citado, añadía a lo por mí copiado estas otras solas palabras: «Y ya en nuestros días (descuella) la (obra) del Barón Ch. Davillier con los dibujos de Gustavo Doré.» Estos (diré yo) de verdadera genialidad, innegable, pero con fantasía, cuando precisamente los grabados del Laborde son todo escrúpulo, en lo tomado de los trabajos de los Académicos de Madrid allá desplazados antes, a costa del Estado español (que acaso es lo más), y en lo estudiado directamente por los artistas del séquito de Laborde, y a costa suya totalmente.

El mismo título del trabajo de Riaño indicaría al avisado lector la posición falsa del ilustre académico, ya que califica su escrito con la frase: «estudio crítico de las descripciones del Palacio Arabe», cuando ¿qué es de inútil la descripción, al lado de la copia y de los planos? Al caso la palabra sola, la sola descripción, no sirve para nada.

numerosas copias suyas de la Alhambra; la Academia lo agradeció: pero despertó con ello y despertó al Gobierno a la precisión de estudios más cumplidos, más exactos; y así el Gobierno envió una prestigiosa comisión que presidía el después general, ingeniero militar y arquitecto prestigioso de los Reales Palacios, don José Hermosilla, acompañándole el entonces joven y luego tan famoso arquitecto don Juan de Villanueva y el en todo colega don Pedro Arnal: todos habían de estudiar gráficamente las antigüedades árabes de Granada: ello el año 1763; aquella Real Academia con toda justicia celebró el éxito de las tareas. Por mérito de ellas, en 1767, proclamó académico (a la sazón el número de ellos era ilimitado) al joven don Juan de Villanueva. Pero los gráficos no se publicaron, y sin texto, sino en muchos años después.

Naturalmente, los trabajos de los artistas colaboradores de Laborde, que en copias de lo árabe, y árabe granadino, exigen una extraordinaria minuciosidad (geométrica, epigráfica o en perspectiva) habían de ser copias, y lo son, de los trabajos de los académicos españoles, y éste es el caso del único en el Laborde firmado por el antes citado español arquitecto Arnal (una lámina en el Laborde de tipos escogidos de azulejos árabes); y éste es el caso también de las láminas en que no se dice nombre de artista del dibujo, sino sólo del grabador; y éste es el caso (quizá, pero nada en absoluto en cuanto a Granada) de muchas de las láminas que en cuanto al dibujo van firmadas por Vauzelles, que vienen a ser precisamente las de precisas geométricas y epigráficas escrupulosas exactitudes: notas contrapuestas a las de aquella educación clásica del dibujo, a base de la figura humana y su desnudo, que caracterizaba a todos los artistas del siglo XVIII [1].

[1] Vauzelles no intervino en nada de los otros volúmenes, sino sólo el de Andalucía (por excepción, una vista de Toledo y dos en Aranjuez, en el vol. 2° del t. II). En cambio casi íntegramente intervi-

Para adivinar el aprovechamiento de los anteriores trabajos de la Comisión Académica española, bastaría notar que de Granada van sin firma de artista y por tanto tomados de los trabajos de la Comisión Académica, creo, hasta cinco láminas de planos, una de sección, cuatro de detalles, dos de los grandes jarrones, una vista geometrizada de la puerta grande de la Alhambra y los dos sepulcros reales de la Capilla Real (no en perspectiva) y además una sección del Palacio de Carlos V. Todas son mudas pero evidentes confesiones de que se tomaban tales láminas de trabajos españoles: aunque una sola vez se vea la firma de uno de los nuestros, la ya citada del citado arquitecto Arnal [1].

Pero esto mismo: que no se diga el trabajo español; pero dejándolo del todo sobrentendido, ocurre, y bien naturalmente, en toda la gran obra del Laborde.

Es (en efecto) el caso de los planos de Burgos, de Valladolid, de Toledo, además del de la Alhambra (tres), del Generalife, de una de las varias secciones de la Alhambra, de láminas de Epigrafías de la Alhambra (cinco), del acueducto de Tarragona, de las dos secciones de la Catedral de Córdoba, y de inscripciones árabes en ella y de capiteles de la misma; también de fragmentos escultóricos de Tarragona y de epigrafía de Valencia. (De planos, se dice, por excepción, el de la ciudad y puerto de Tarragona, *levé par Ligier y Moulinier.)* De objetos, los dos soberbios jarrones de la Alhambra, la Puerta judiciaria a escala y la elevación y corte del Palacio de Carlos V, en Granada, van también anónimos.

no en todo lo que va firmado de arte árabe en la Aljama de Córdoba (siete láminas), en la Alhambra y Generalife (diecinueve láminas) y Alcázar y Pilatos de Sevilla (cuatro láminas, más una de vista lejana de Sevilla).

[1] Hermosilla no tenía «título» (entonces aún raro) de arquitecto, sino que era ingeniero militar, y no se llamaba arquitecto, siéndolo, y construyó famosos edificios.

Desde luego todo eso, en general al menos (pudo haber caso raro de olvido en el grabador de la plancha), viene a confesarse, aunque implícitamente, que estaba tomado, no de la realidad, sino del trabajo anterior español [1].

Pero en otros muchos casos, aun poniéndose el nombre de dibujante de uno u otro de los de Laborde, yo entenderé que copian papel anterior, español con toda probabilidad: tales los casos de planos de Barcelona, de Alicante, de Sagunto (Murviedro), de Granada..., y aun el de Madrid; y todo lo del Palacio de la Lonja de Barcelona, todo lo del Puente de Alcántara... El plano de Mérida (en cambio) ofrece la escala a «pies franceses». El mapa de alrededores de Lérida, dice una frase no otra vez usada, *redigé par Lartigue*. Me cabe pensar (por el contrario) en el previo trabajo y medición de los artistas franceses de Laborde en otros muchos casos: en lo del templo «de Hércules», de Barcelona; en el arco y puente de Martorell, en el croquis de mapa, malo por cierto, de parte de Montserrat montaña (tan simplista lo dibujado), y creeré de labor francesa lo del Arco de Bará. Con ser anónimo, créolo francés, el «cuadro» del Auto de Fe en Valladolid (7-octubre-1559), el famoso, bajo Felipe II, y por su exactitud de texto, y aun la adivinatoria posible, lo pienso como obra del mismo Alexandre de Laborde.

Este tiene en el álbum de grabados de su gran libro un buen número de composiciones...: que si son, entre las pintorescas, algo inferiores a las de sus colaboradores, los franceses por él traídos y sostenidos, nos da una idea de los hábitos de trabajo de los artistas, acompañados por el aris-

[1] En el estudio gráfico de las Antigüedades árabes de España, al primer cuarto del siglo XIX, figura una obra inglesa, folio con láminas, gran álbum de ellas, de James Cavanah Murphy, que no conozco, y lo sé de 1813, es decir, en cifra de año inmediata, pero posterior al volumen 1° del tomo II del Laborde (el que nos da todo lo de Andalucía), fechado en 1812. ¿Me cabe pensar en disimulada edición inglesa del libro francés?... Pero conste, que no lo sé yo.

tócrata y probablemente en todas partes, pues lo firmado por el anfitrión ambulante se tomó en muchas de las localidades que iban visitando en sus trabajos: por excepción, no en Valencia, con ser la preferida de Laborde; sí, en el resto, de los tres primeros volúmenes de la obra (12 suyas composiciones dibujadas en Cataluña; 9, en Extremadura; 7, en Andalucía).

Pero ya no extendiendo la vista a todos los tomos, sino concretándonos al de Andalucía (primer volumen del «tomo» II), es del caso una comprobación, comparando la publicación académica que va a nombre de Lozano, con la información gráfica de las ciudades de Córdoba y Sevilla, a las que se redujo el encargo académico de 1763 a 1767: vaya a la nota [1].

[1] Comparación entre el Laborde (láminas) y lo Académico (Lozano) sobre Córdoba:

En el Laborde están tomados del libro Académico:

V. — Vista general de la ciudad, puente y la Calahorra.
VII. — El Plano de la Mezquita árabe.
VIII. — El Plano de la ya Catedral y Mezquita.
XVI. — La Sección total, cortando el crucero.
XVI (también). — La sección total, a través de la nave mayor o de Mirhab.
XVII. — Las tres columnas romanas miliarias.
XIX. — Inscripciones árabes.
XX. — Inscripciones árabes.

Observaciones: En estas inscripciones árabes, en cuyo texto se le dice tomado del autor español (Lozano) de la obra de nuestra Real Academia, ofrece Laborde (quien conocía el árabe) algunas rectificaciones que le dió su amigo el sabio M. de Sacy: ofrece otras rectificaciones suyas, además, y da explicaciones.

Las «Secciones», en el Laborde, no son totales del todo. La XVI, recortada a los extremos; la XV bis, sólo hacia el patio el recorte: en ambas, dejando lo esencial, por tanto.

Y ahora dejaremos dicho la parte del Album en lo de Córdoba, nuevo en el Laborde:

VI. — Vista en calle de serie de portadas de la gran Aljama (dibujo de Vauzelle).

Los artistas franceses que Laborde trajo a colaborar con él en España fueron varios, hasta veinte: unos asiduos en

IX. — Vista del Patio y la Torre (Ligier).
X. — Puerta lateral, ésta geometrizada (Vauzelle).
XI. — Vista de las naves (Vauzelle).
XII. — Otra tal, más enfilada (Six).
XIII. — Otra casi frente ya al Mirhab (Vauzelle).
XIV. — Estudio geométrico de la fachada del Mirhab (Vauzelle).
XV. — La tribuna árabe, «Villaviciosa» (Vauzelle).
XVII. — Todo el torso de estatua de Emperador romano. El torso, piernas y un brazo, de réplica, de la Venus de Arlés. Más 16 capiteles romanos unos, y árabes imitando lo romano otros.
XVIII. — Estudios lineales: de seis pilastras árabes, y de otros detalles (cinco), en la Mezquita. Más plantas y sección de los Baños árabes de Córdoba (Vauzelle).
XXI. — Ingreso externo de paso al patio (Ligier).

Queda así demostrado que la información gráfica de aportación nueva por el Laborde equilibraba y excedía a la española, inmediatamente anterior, que aprovechaba: en cuanto a Córdoba.

Y queda también demostrado que Laborde la aprovechaba íntegramente, o casi íntegramente, pues deja, en cuanto a vistas, de aprovechar la portada cordobesa de lo académico, que es caprichosa en gran parte, y acaso algunas inscripciones, o pequeña parte de ellas (pues en éstas no he podido hacer estudio por no poder juntar en un mismo local ambas monumentales ediciones, de distintas bibliotecas).

Comparación entre el Laborde (láminas) y lo Académico (Lozano) sobre Granada.

En el Laborde están tomados del libro académico:

XXIV. — Plano de la Colina de la Alhambra y Generalife.
XXVI. — Plano de la Alhambra (punteado el de Carlos V).
XXVIII. — Plano del Generalife.
XXX. — Vista desde Gomeles.
XXXII. — Planta del Palacio Alhambra y cimientos del Carlos V.
XXXIII. — El gran patio alberca Alhambra, vista.
XXXIV. — Patio Leones, vista.
XXXV (alto). — Sección Patio Leones.
XLIII. — Sección Embajadores, patio, etc.

lo más del viaje; otros, en cambio, de poca o escasa colaboración gráfica.

LVI. — Plano del Palacio Carlos V con Plano de lo subterráneo del Palacio árabe.
LXIV. — Elevación de la Puerta principal del recinto.
LXV. — El gran jarrón de las gacelas.
LXVI. — El gran jarrón de escudo de Granada árabe.
LXVII. — Tres alturas y corte del suelo de toda la colina.
LXVIII. — Vista de ella, desde las Torres Bermejas (?)
LXIX. — Corte y elevación del Palacio de Carlos V.
LXX. — Sepulcros de Isabel y Fernando y de Juana y Felipe.

Aparte dejo (por no comprobación mía), pero serán tomadas del libro Académico, todas las seis láminas de inscripciones XLV, XLVI, XLVII, XLVIII, XLIX y L, más la LI de inscripciones y capiteles y la LII de solos capiteles.

No proceden de los grabados Académicos:

XXII. — El Plano de Granada (dibujo de Dalman).
XXIII. — La vista general de la ciudad (de Dutailly).
XXV. — Una vista del Generalife desde la Alhambra (Dutailly).
XXIX. — Del jardín de ingreso del Generalife (Vauzelle).
XXXI (dice XXX). — De la Puerta judiciaria (Dutailly).
XXXVI. — Sala de Abencerrajes (Vauzelle).
XXXVII. — Sala de Justicia (Vauzelles).
XXXVIII. — Vista desde la sala de las Dos Hermanas (Vauzelle).
XXXIX. — La Sala de las Dos Hermanas (Vauzelle).
XL. — Perspectiva interior de la Alhambra (Vauzelles).
XLI. — Galería interior (Vauzelle).
XLII. — Sala de Embajadores (Vauzelle).
XLIV. — El estoque (Clener).
LIII, LIV y LV. — Las pinturas de escenas en bóvedas (Vauzelle).
LVII. — Antesala de los Baños (Vauzelle).
LVIII. — Sala de Baños (Vauzelle).
LIX. — Otra (Vauzelle).
LX. — Jardín interno (Vauzelle).
LXI. — Patio interno (Dutailly).
LXII. — Fuente de relieves árabes de animales (Laborde mismo).
LXIII. — Torre del recinto (Dutailly).
LXXI. — Vista del Albaicín (Dutailly).
LXXII. — Acueducto sobre el Darro (Dutailly).

Sumando a sus nombres, en concepto de dibujantes con el mismo autor del libro, daré (de más a menos) el número de sus firmas en láminas: Ligier, en 96 láminas; Moulinier, en 80; Vauzelle, en 31; Dutailly, en 30; el mismo Laborde en 28; que son los más asiduos colaboradores, de presumir que viajando todos juntos con el autor de la obra.

De los de muy menos constante colaboración son de notar Six, en ocho láminas; Le Jeune, en ocho; Denon, en cinco, y un Rousseau, en solas dos.

Ligier, Moulinier, Dutailly, parece que acompañarían al autor en todo el viaje; Vauzelle, casi solamente en Andalucía; Six, casi solamente en las provincias centrales (las no vecinas al mar), y Le Jeune y Denon, en ellas tan sólo.

Para los efectos editoriales, la portada del tomo I de la misma edición francesa, dice «Voyage... etc... par Alexandre de Laborde et une société de gens de lettres et d'artistes de Madrid...» (año 1806). Pero al comenzar (con nueva portada aunque con numeración proseguida) el volumen I, segunda parte, antes de la portada, y cual un inesperado colofón, se dice (letra cursiva): «La société de gens de lettres et d'artistes de Madrid qui s'étoit formée en vertu d'un privilège accordé par le gouvernement espagnol, ayant cessé d'exister le 21 décembre 1807, par l'expiration de ce même privilege; M. de Laborde n'a plus conservé, depuis cette époque, pour collaborateurs que M. M. Liger et Moulinier, architectes français, et M. Vauzelle, peintre d'architecture.»

Interpretando, en cuanto a los artistas, el valor de esta frase última, nos resulta que en el volumen I-1 (Cataluña)

LXXIII. — Vista desde el Darro (Dutailly).
LXXIV. — Vista desde el Albaicín (Dutailly).

En suma, o en definitiva, una mitad (la de plantas, alzados, etc.) es de aprovechamiento del trabajo español.

del primer régimen, figuran en las láminas, en 32, el nombre de Moulinier; en 32, el de Ligier; en 12, el del propio Laborde; pero en 7, el de Dutailly... Y en el tomo I-II, figuran (en Valencia y en Extremadura) Ligier, 22 + 16 veces; Moulinier, 29 + 14 veces; Laborde mismo, 0 + 9 veces; pero también Dutailly, 2 + 6 veces; sin que Vauzelle firme una sola vez en los dos volúmenes del tomo I, ni en Cataluña, ni en Valencia, ni en Extremadura.

Luego la mención de M. Vauzelle en la fecha de 1811 (que es la del volumen 2° del tomo I) nos demuestra que los que debemos llamar trabajos «de campo» de todo lo árabe de Andalucía, tarea principal y casi única de Vauzelle, estaban ya adelantados, aunque su correspondiente volumen, el 1° del tomo II, no se publicó sino poco después, al año siguiente inmediato, el 1812, siempre en plena guerra en España; pero, no se olvide, estos dos volúmenes de 1811 y de 1812, ya publicados sólo en francés y sólo en París. Es, por lo demás, el volumen 4° y último, el II-II (Navarra, Aragón, Castillas) el que se publicará tarde, en 1820, y algo así un poco como sin igualar el empeño con que se trabajaron los anteriores: y también sólo en francés y sólo en París. Todos los cuatro volúmenes, sin embargo, en forma idéntica la edición y en la misma imprenta Pierre Didot l'ainé; «avec les caractères de Bodoni», toda la obra.

Se induce fácilmente de este examen que Alexandre de Laborde fué el verdadero editor. Y a costa suya, además de la edición lujosísima, toda la campaña de estudios y viajes, de erudición y los de arte, los del autor y los de colaboradores y de los artistas, y que la tan mentada «Societé de gens de lettres et d'artistes de Madrid», era y trabajaba del todo a costa de Laborde, como la misma edición o ediciones: la de París, para la obra íntegra, pero también la de Madrid, fracasada apenas publicado su volumen 1°; el mismo editor del único volumen de la edición madrileña, Bondeville (Antonio), sería, presumo, mero agente de Laborde en cuanto a

la edición, aun llamándole editor y cuando la imprenta era la prestigiosísima Imprenta Real.

Tal edición española y en español, en la que resultó primero y único de los cuatro volúmenes que la habían de integrar, se publicó en 1807 (cuando el volumen en francés, en 1806): «Viaje | Pintoresco e histórico | de España, por D. [sic] Alexandro de la [sic] Borde | y una Sociedad de literatos y artistas de Madrid | dedicado | al Serenísimo Señor | Príncipe de la Paz | Generalísimo Almirante de España e Indias. | Dado a luz por D. Antonio Bondeville | Pintor de Cámara [quien nada por cierto colaboró en las láminas]. Con privilegio del Rey N. S. En la Imprenta Real | Año M.DCCCVII». — Abajo, «Laroque [quien tampoco figura dibujante en las láminas] lo dibujó y grabó.»

He de notar que, en el ejemplar de esta edición madrileña, de 1807, en la Biblioteca Nacional (antes «Real») de Madrid, no figura y sí que figura en el volumen 1° de la edición francesa en París de 1806, un grande notable retrato en contraportada, del favorito de nuestros Reyes, y cual verdadero gobernante de España, de cuerpo entero: en jardín, pero en bahía, junto a balaustrada, sobre ésta ancla y esfera, y vistiendo uniforme de marino (?), y con muchas condecoraciones, incluso la de Napoleón: «Steven [Esteve, Agustín lo traduzco] pinxit», «J. B. Forignano sculpsit», la letra dice «S. A. S. [su alteza serenísima] le Prince de la Paix | 1807». [1807... con ser la portada de 1806; pero el libro sabemos que iba saliendo por entregas, seis por volumen, doce por tomo, 24 en total, y las láminas también repartidas en las entregas, no por tanto en un orden riguroso las ilustraciones, ya que no podían ir y repartirse cosidos los cuadernos].

La plenitud del estudio de España por el Laborde hispanista es tan amplia, que apenas escapa nada, sino, y no por completo, las fuerzas armadas, Ejército y Marina. Me atre-

vería a decir que de España, la sola España (sin Canarias), no se ha escrito nunca ni se había concebido nunca un tratado más enciclopédico, ya que enciclopedia, del griego, significa enseñanza o instrucción redonda, circular, y no precisamente mundial.

La Historia general de España, y mucho más explicativa y de su civilización que cronológica, ni dinástica, ya la ofrecía adelantada en el libro del gran álbum, partiéndola en tres partes para tres de los cuatro volúmenes: en el 1° (el de los Monumentos de Cataluña) la Noticia histórica hasta los godos; en el 2° (el de los Monumentos de Valencia y de Extremadura) sola la Noticia histórica del Reino de Valencia; en el 3° (el de Andalucía) la de los Arabes en España; y en el 4° (de Aragón, Castillas...) la Historia de la España de los godos, de los Austrias y los Borbones. Y en cada región una descripción general de ella, antes del estudio de los Monumentos de la misma reproducidos.

Lo gráfico, espléndido, da como unas 20 vistas, más 20 monumentos, más 9 pinturas famosas (éstas al trazo), más 2 escenas de costumbres, más un auto de fe del XVI en Valladolid (reconstitución de toda verosimilitud), más los dos mapas de España: todo ello en el volumen IV.

En el 1er volumen son 24 vistas, 21 monumentos, 5 escenas, 3 planos, 2 detalles arquitectónicos, 3 de escultura y mosaicos clásicos, y 1 de múltiples inscripciones.

En el 2° volumen, 24 grabados de vistas, 2 de escenas, más de 40 de monumentos, 1 de detalles arquitectónicos, 2 de esculturas clásicas (hoy perdidas), 6 de planos y 1 de múltiples inscripciones.

En el 3er volumen, 18 vistas, 26 monumentos, 11 arquitectónicos, 10 planos, 2 pinturas (las árabes), 1 de esculturas, 7 de epigrafías árabes, 2 de vasos árabes, 1 de una espada árabe.

Las localidades que figuran en las reproducciones grabadas, son: Barcelona, San Miguel de Fay, Martorell, Mon-

serrat, Olérdola, Tarragona, Tortosa, Lérida, Poblet, Bellpuig, Cardona, Manresa y Gerona, en el volumen I.

Valencia, Sagunto («Murviedro»), Almenara, Cabanes, Villafamés, Chulilla, Chelva, Játiva («San Felipe»), Montesa, Daimuz, Denia, Calpe, Villajoyosa, Alicante y Elche. Badajoz, Mérida, Alconétar, Alcántara, Cáceres, Coria, Caparra, Talavera y Guadalupe, en el volumen II.

Bélmez, Espiel, Sierra Morena, Córdoba, Granada y Alhambra, Loja, Sevilla, Itálica, Málaga, Gibraltar y Cádiz, en el volumen III.

Pamplona y Roncesvalles, Zaragoza, Burgos, Segovia, Talavera, Valladolid, Coca, La Granja («San Ildefonso)», Escorial, Toledo, Aranjuez, Madrid y Ocaña, en el volumen IV.

Contraportada, el magnífico retrato de Esteve de Godoy (que falta en muchos ejemplares); en la portada gran composición, monumental y acumulativa, de dibujo del famoso Charles Percier. Mas viñetas en ella de la medalla «Hispania» del Emperador Adriano, y otra del antecesor Galba (de la fraternidad de la Gallia y la Hispania): ambas, bellísimas.

Se comprenderá pronto que los cuatro volúmenes sean casi inmanejables, sobre todo por encuadernados casi siempre a dos tomos de dos volúmenes cada uno, como lo pedía, en el tomo I, la continuidad en la numeración de las páginas, aunque lo contradecía la también magnífica portada de su 2ª parte, y los Indices, dos, y puestos distantes entre sí.

Otra cosa sensible, que añade engorros al estudioso, es que las láminas no llevan en ellas mismas su correspondiente número (y sí en el texto), y como el inmenso libro salió por entregas sueltas, cada ejemplar los tiene «ordenados» algo caprichosamente, y así el leer y el mirar a la vez no resulta precisamente cómodo.

Hay ejemplares incompletos, pues se repartían las entregas por cara suscrición, y las guerras, particularmente

la franco-hispánica, llegaron con la máxima inoportunidad; las cuatro portadas llevan fechas separadas por catorce años (1806, 1811, 1812, 1820).

En la 2ª portada, o sea la del volumen 2°, del tomo I, hay grabado del ara, con inscripción en honor de Trajano, hallada en Tarragona.

La proporción de páginas de texto y hojas de grabados, da en el volumen I, 72 páginas de impreso, y en el II, 33 (Valencia) y 25 (Extremadura), contra 115 láminas, casi tantas láminas como páginas (130).

Del *Voyage* (el libro gran álbum) se sabe (lo dice) que se publicaba por entregas, y se anunciaron desde luego 70 entregas de a seis «planchas» (de grabado) cada una, y repartidas a los suscriptores cada entrega cada seis semanas. El precio, en los ejemplares de papel menos caro, era inicialmente de 21 francos cada entrega, lo que presuponía un desembolso, aunque gradual, de 1.470 francos para un ejemplar del libro no encuadernado ni cosido siquiera, cifra, para aquellos años (de tanto mayor valor del franco, que no hoy) verdaderamente pesada, pero que apenas pagaría una parte mínima de los gastos de la preparación de la edición del libro.

Ahora, calculando el propósito de hasta 420 «planchas» del previo programa, y cuando cuento yo las «planchas» publicadas en la cifra 347 (88 + 99 + 90 + 70) aparece que fallaron 73 (o algo menos, si aceptamos al cuento de las láminas las de portadas y contraportada)... Pero como en el texto falta el Reino de León, y el de Galicia, y el Principado de Asturias y las Vascongadas y las Baleares, creemos poder adivinar que nuestra guerra contra Napoleón hizo imposible, en cuanto al libro grande, lograr la integridad en el propósito del generoso y docto emprendedor, hispanófilo tan de verdad, y tan de buena cepa.

En cuanto al programa del tiempo, las 70 entregas anunciadas presuponían (una cada seis semanas) cuarenta y dos

días de entrega a entrega, o sean más de diez años (más cerca de los once años) presupuestos para la publicación del total del programa. La realidad fué la de no menos de catorce años, para lo logrado, y con las supresiones antes dichas, con déficit de 70 láminas.

Pero jugando así, con estas cifras, bien se palpa la decisión enérgica de Laborde, y en consecuencia la admiración y la gratitud que se le debe: él por España, la patria de su padre, y por sus obras de arte, hizo una verdadera gesta de estudio y de proclamación al mundo de nuestras riquezas artísticas. Que primero, por las cicatrices de malquerencias hijuela de la guerra hispano-napoleónica, y andando el tiempo, porque la litografía primero, y las artes fotográficas, fotomecánicas, después, facilitaron la ilustración gráfica no se aprecia en todo su valor la hazaña editorial de aquel hijo del millonario nacido en Jaca (Aragón): la gesta literaria que ya, tras de los cálculos anteriores, nos explicamos bien que padeciera su fortuna por causa de sus estudios hispánicos.

«Publicación espléndida (dice del *Viaje* el académico anónimo del «Enciclopédico» Montaner y Simón) que comprometió su fortuna», y tomándolo de uno de sus biógrafos dijo que las pérdidas que le ocasionó la edición fueron causa de que tuviera que admitir cargos en la administración y la política.

Para apreciar, al caso de nuestra ingratitud, en una muestra de ella, diré que el famoso editor Cabrerizo, que se lucró con dos ediciones en castellano del *Itinéraire*, pero reduciéndolo, y no sé si con anuencia del autor, y al haber de aludir al otro libro, el monumental de verdad, se reduce a estas mezquinísimamente medidas, casi mínimas palabras (en la primera y no en la segunda de las ediciones suyas de Valencia): «El laborioso francés Alexandre de Laborde, después de haber publicado su viaje pintoresco [sin mayúsculas siquiera] de nuestra Península [con mayúscula], empren-

dió la descripción de este «Itinerario»... ¡Y ni siquiera una palabra más sobre el libro-gran-álbum!, ¡y aun perjudicándose el editor al no pregonarlo, en interés de sus ediciones del libro no grande! Y de éste mismo, suprime todo el estudio general, la «Introducción» del autor, aunque le salva (por excepción) estas palabras que quiero yo copiar: «donde se propone demostrar que España jamás ha experimentado decadencia en la Agricultura y población, porque jamás ha llegado en estos puntos al grado a que llegó en el siglo XVIII, y que el descubrimiento de las Américas está tan distante de haber perjudicado a la población y a la industria, que antes bien al presente es en gran manera útil a estas ramas: por último vindica al Tribunal de la Inquisición del cargo que le hacen sus enemigos, cuando le acusan de haber impedido el progreso de las luces. Cosas son éstas muy dignas de ser leídas y en que es de agradecer el deseo de nuestra gloria, de que se muestra animado el autor, pero es poco a propósito para unos elementos de geografía, y estadística nacional, que es lo que me he propuesto [Cabrerizo] por ahora».

El *Itinéraire*, apenas publicado en francés (todos los tomos en 1808, no sabemos si antes o después del 2 de mayo, o de Bailén), se vió en inglés (lo dijo Cabrerizo) y en el 1809, en su segunda edición francesa. Prisa en la reproducción que las circunstancias explicarán: venta para franceses en la España del Rey José.

El ciertamente que pesado estudio y porfía de averiguación retrospectiva de cómo el hispanista Laborde logró hacer el gran álbum de su libro de mayor, máximo formato, nos demostró que, aun aprovechándose de los trabajos académicos, de españoles, en una parte de lo suyo en cuanto a Granada y Córdoba, en el mismo resto de dichas ciudades, y en todas las demás localidades de España, su álbum fué de trabajo nuevo en conjunto: de trabajo sin precedentes las más de las veces, y en cada caso, obra de sus arquitec-

tos y pintores, todos franceses, todos viajando a costa del erudito Laborde y en su compañía: y poniendo también Laborde su propio personal trabajo de dibujante, habiendo muchísimas láminas de su propia mano.

Si ahora ya pasamos a considerar el texto, los textos de sus dos grandes libros de hispanista (los que algo por fuerza repiten entre sí, pero muy poco para lo que pudiera haberse esperado), desde luego nos enfrentamos (todavía más que poniéndonos frente a las láminas) ante una obra de plenitud, ante un par de libros de aspiración, lograda, a la plena integridad. Laborde quiso lograrlo todo. Quiso que el lector pudiera conocer a España sin faltarle cosa, así en la integridad de su Historia y la integridad de su Geografía (fallóle al fin el Noroeste), como en toda la que llamaremos la Enciclopedia de esta nuestra Patria: ciencias, artes, enseñanza, religión, costumbres, fiestas, indumentaria, todo lo económico en todos sus múltiples aspectos, vicios y virtudes, hábitos y genialidad, tribunales, clero, nobleza, mayorazgos, la Medicina, ceremonias, festejos..., etc.

Pero todo, no por las notas de viaje tan sólo, y con ser los suyos unos viajes detenidos y largos y corriéndolo todo, sino con un previo sistemático bagaje informativo, tomado de todos los libros, de toda la bibliografía.

Laborde, antes de lanzarse a su obra (... a su doble libro), había papeleteado todas sus lecturas, había «despojado» las informaciones de una Biblioteca completa de España. Vaya, de ejemplo, un libro de la plena erudición histórica (un libro que son dos y varios los recios tomos): libro que ni entonces, ni antes, ni después, fuera muy leído; ha aprovechado Laborde el inmenso *digesto* bibliográfico español que integran la Biblioteca Hispana Nova y la Hispana Vetus de Nicolás Antonio. Se sabía Laborde (y lo llevaría escrito en sus viajes) cuál es la ciudad o la villa patria de todos nuestros escritores. Y como sabemos por él mismo que, al

llegar a cada localidad, se salía de la posada o fondita a preguntar a los transeuntes (a los que le parecieran más al caso) por quién era allí el erudito del pueblo, para muy luego visitarle y cambiar impresiones, tengo para mí que el casillero de las localidades patria de todos nuestros doctos le servía, cual contraseña, cual introductor, para improvisadas amistades por todas partes: amistades de unas solas horas.

Y quien dice del ayer de cada localidad, dícese también de los otros presumibles casilleros, en el equipaje, sobre notas geográficas, agrícolas, industriales, mineras; pues también es sorprendente cómo llevaba a su libro informaciones de la existencia de tales o cuales fábricas y la entidad de las cosechas agrícolas y el importe en globo de las mismas, de cada localidad, etc.

Otra cosa que debe presumirse papeleteada, es la total organización y calidades del clero, diócesis, colegiatas, parroquias, conventos, monasterios, órdenes diversas, etc., y sabiendo el montante de sus rentas.

El viajar de entonces, y más el viajar aisladamente, como de antes lo habría hecho (sabemos que con preferencia montado) Alexandre de Laborde, permitía y obligaba a bagajes de carga, bastantes para suplir, por tan frecuentes deficiencias, en los poblados y los pobluchos, y en tantos casos, para terminar jornada en casas aisladas, en ventas y paradores, indotados de todo. Y así se ha de presumir el deambular de los primeros años del siglo XIX, cuando Alexandre de Laborde haría, presumo yo, más aisladamente su afanoso conocimiento de España: de 1799 a 1805. Presumo yo que debió de pensar en hacer un libro de Itinerario (el de mucho texto) antes de discurrir otro libro, el libro-gran-álbum, que llamará él, en definitiva, el *Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne;* lo presumo, porque el primero no le suponía como el segundo, un muy considerable dispendio, tal y tan grande como fué el de la edición y todo el gran

trabajo preparatorio de colaboradores para las láminas, tan oneroso, que le causó, en definitiva, un positivo empobrecimiento relativo. Verdad que en buena parte ocasionado por la subsiguiente guerra de la independencia española, frente a la Francia de Napoleón el Grande, en varios años de desdichas.

Mas ahora nos importa, retrospectivamente, recurrir a las hipótesis para comprender, en la historia o la génesis de los dos libros, complementario el uno del otro, qué parte pudo tener una larvada idea política francesa acerca de España. La cronología, al caso de este problema, nos importa que la veamos con cuidado.

Podemos saber, respecto a Laborde, que, vuelto de sus estudios y formación militar en Viena (en la Viena del Danubio) a Francia en 1797, por entonces comenzaron sus viajes, Italia, Inglaterra y España, cuyo detalle cronológico no conocemos. Se dice que fué la vuelta tras de la Paz de Campo Formio, que se firmó en 17 de octubre de dicho año 1797: que es la primera de las grandes y siempre efímeras paces dictadas por Napoleón, que, al robo de las provincias norteitalianas, funda la República Cisalpina, cual una hijuela de la francesa suya. Antes de esa guerra y esa paz subsiguiente, Laborde, cual hijo de guillotinado gran banquero de la Francia de los Luises, es natural que viviera en Austria cual expatriado, favorecido por los gobernantes imperiales. Llegado a Francia, recaló, más o menos estable, en Bayonne, asiento un día de su difunto padre. Por recuerdo de éste podríamos pensarle legitimista; pero luego la estrella esplendorosa de Bonaparte, tan negador de la revolución al enseñorearla y engrandeciendo maravillosamente a la Francia, bastaba para que Laborde colaborara con el nuevo Imperio, aun antes de 1802, en que ya es Napoleón Cónsul vitalicio, y del 1803 (doce solos meses después), en que ya es Emperador, y Monarca de los más grandiosos destinos.

Es en 1800 (leo) [1] cuando viene a España Laborde como agregado militar a la Embajada, pero me cabe pensar que se puso tal fecha por haber comenzado efectivamente en 1800 la embajada de Luciano Bonaparte, quien ya en 1798 había sido miembro de la Asamblea de los «Quinientos» y Ministro del Interior en París en 1799, y ya en 1803, Senador, pero luego bastante reñido y en definitiva con su hermano Napoleón (por cuestión de las segundas nupcias, en total discrepancia): vivió luego en América, y no se le hizo Rey de nada, como a sus hermanos, menos talentudos.

Si, pues, en 1799 se descubrió el mosaico de Itálica, y si en 1800 lo publicó con su estudio y láminas en colores Laborde, es visto que en sus primeros estudios de hispanófilo no entró para nada una idea política, sino un amor al país, heredado del padre nacido español, y predilección favorecida por la vecindad de España a Bayonne, y porque sabría la lengua española desde antes, y acrecentada la absorbente afición por un afán de dar a conocer, fuera de nuestra Península, sus bellezas de arte, de naturaleza, y las demás grandezas, poco conocidas por toda la Europa.

Lo cierto es que el conjunto de las dos obras presupone un nada corto tiempo, así en los trabajos preparatorios, y los complementarios, en gabinete, en bibliotecas, como el también largo y penoso del recorrido sistemático por las más de las provincias de España. Rico, podía adquirir todos los libros que le precisaran; rico y abierto a toda amistad, y pudiéndola agradecer, pudo y debió de tener por actos de presencia y por medios de correspondencia, ayudas y tratos y colaboraciones y consejos. Humboldt, el gran alemán, le dió la corta, pero doctísima noticia, sobre la configuración de España y sobre su clima, que va al frente de su *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, y el que llegó a coronel (y a ex coro-

[1] Leo en *The New International Enciclopaedium* (?), 2ª edición, t. XIII, New-York, 1905.

nel) Bory de Saint-Vincent (Jean Baptiste Georges Marie), un resumen de la Geografía física, que creo anterior de años al libro del tema *Géographie de la Péninsule Ibérique* (París, 1818), y a la *Guide du Voyageur en Espagne* (París, 1823). Porque ambas tareas van del todo precedidas en el *Itinéraire* de Laborde, cuya edición, e íntegra en sus cinco volúmenes (en la 3ª edición son seis volúmenes), fué de 1808.

Pero son (aparte de estos dos sabios citados en la portada) muchos más los que aprovechó Laborde en sus viajes y estudios y libros hispánicos. Tiene por ayudantes suyos auxiliares a Grasset de Saint Sauver, y en cuanto a Medicina, a Carrère, y precisamente de Carrère es la mayor parte del capítulo sobre la Medicina en España (pp. 193 a 238 del tomo VI del *Itinéraire* en su 3ª edición francesa), lo que es, en toda la lectura de las dos obras hispanistas de Laborde, lo más bochornoso y lo más ingrato de leer para españoles, pues la enseñanza médica de los años del siglo XVIII, y en consecuencia la vida doctrinal de los seudofacultativos, era una vergüenza y toda una desgracia nacional: a que se puso (es verdad) remedio en 1801... ¡hasta no consintiendo la profesión a los doctores en Medicina universitarios, salvo en las regiones forales o ex forales: Navarra y Coronilla de Aragón! Confieso que las citadas páginas me han producido dolor, pero me han abierto los ojos para comprender las falacias de la Enseñanza del antiguo régimen y todas las consecuencias de las mismas.

Volviendo al trabajo de aprovechamiento y de colaboración en la admirable y plena síntesis de la España en las vísperas y antevísperas del «2 de Mayo» (fecha que en definitiva hubiera cortado la labor a Laborde si no la tuviera, en cuanto a texto, ya terminada, como la tenía), todavía nos toca señalar varios otros puntos.

Fuera de la Medicina, y en general a lo universitario (módicamente tasado esto), en los libros del Laborde hispa-

nista hay siempre hispanofilia, amor y entusiasmo por mucho de lo nuestro, y atenta y grata curiosidad para lo que no tiene por qué aplaudir.

Pero bien entendido que es toda la labor radicalmente distinta que la que en pocos lustros de comparativo retraso había de ser la labor impresionista de los viajeros románticos. Es el trabajo de Laborde de escrúpulo y de plenitud, todo queriendo ser de estricto rigor histórico e imparcial criterio; con nada de sensiblerías ni de fantasías, estudiando todo lo concreto, hasta llegar a las estadísticas (que abundan tanto), a la precisión de las distancias, a las informaciones del pasado, bien históricamente, no concediéndose libertad a la fantasía ni al entusiasmo.

Por imponerse esa imparcialidad y esa exactitud, no se consintió en general cambiar los textos al paso a nueva edición; primeramente, porque no habría vuelto y no tenía por qué volver a visitar la península, y en segundo lugar, por creer que hubiera quebrantado la unidad que llamaremos cronológica del gran retrato de toda la España, que él penosamente había pintado entre 1800 y 1802 a 1808. Daré una prueba completa y referente a Valencia, la ciudad de su mayor predilección. En lámina se ve el real Palacio del Real (esto es, el «arrabal»), junto a la Alameda, la Alameda que tanto ponderara como uno de los más bellos paseos de Europa. Valencia en la guerra napoleónica, por razones evidentes, lo arrasó preventivamente al primer anuncio del sitio por los franceses; hoy son sus solares, y casi desde entonces, jardines públicos. Pues en el *Voyage,* cuyo tomo, el II, se publicó en francés en 1811, y ya no en español, como tampoco el III y el IV, se publicó la lámina, en cuya llamada en el texto se dice que es el Palacio [Real] de la Capitanía General [entonces], y le dedica párrafo sin decir (o sin saber) que patriótica y prudentemente se había arrasado. Y en el *Itinéraire,* 3ª edición, de 1827, es decir, diecinueve años después del arrasamiento, repítese en menudo

grabado (en p. 289) la vista, con el ángulo del palacio (lo que podría achacarse al artista copiador del grabado grande), pero se describe el Palacio, usando los verbos en tiempo presente, en casi una página (pp. 256, 257): «El Real. Es el antiguo palacio de los reyes, ocupado hoy en día por la Capitanía General...», etc.

Esta anotación mía sirva para entender, salvo casos raros de las segundas ediciones, que los dos libros hispanistas de Laborde tienen que citarse, en cuanto a su redacción, como íntegramente escritos en los ocho primeros años de nuestro siglo XIX. Y la misma fecha para los dibujos, si no para todos los grabados de los mismos dibujos, a pesar de que los cuatro sucesivos volúmenes del libro grande llevan en su primera edición las fechas de 1806 (1807 la edición en español), de 1811, de 1812 y de 1820. El libro «pequeño» (que decimos), salió todo de un golpe en 1808 en francés, ¡el mismo año del 2 de mayo!, en cinco tomos en 4°, que pasaron a ser seis tomos en la 3ª edición francesa.

Mas aquí nos viene a la mano un punto que acaso tenga valor para el problema de la idea íntima, pero patriótica (patriótica francesa) de Laborde.

Porque aún no hemos dicho que a los tomos no grandes del *Itinéraire de l'Espagne*, acompaña en todas las ediciones un Atlas de itinerarios, un verdadero atlas de bolsillo, un «in 8°». Son 29 mapas pequeños, pero alguno es doble (que son dos mapas, en una hoja (en su anverso), y algunos otros van doblados, por más grandes.

Es verdad que son itinerarios, salvo el mapa de la Península en total (dos distintos), firmados por P. Lartique, en 1808 los que tienen fecha, y sólo el magnífico de Gibraltar y la bahía toda lleva, sin fecha, otro nombre del dibujante «C. J. E. B. D'Aguila, Ing(eniero), Fec(it.)».

Es seguro (a juzgar del caso en nuestra Biblioteca Nacional) que la edición del atlas manual y la de los tomos del

Itinéraire, no son de formato idéntico, dando a pensar en edición, la 1ª del 1808, mucho más copiosa en el Atlas que en los restantes tomos, y eso que en la portada de éstos, de largo texto, y en sus cinco líneas más diminuta letra, se dice «enriquecido» (el *Itinéraire*): 1°, de viñetas..., 2°, de dos grandes mapas en color del Reino, el uno físico, y el otro político; y 3°, de un atlas en 4° conteniendo los planos de Madrid, Granada, Cádiz [bahía] y Gibraltar [íd.] [con todas las notas de sondeos y un gran número de planos de rutas *(cartes routières)*, levantados y dibujados según los últimos documentos llegados al Ministerio de la Guerra.

Aunque esas últimas palabras las tomo de la mejor edición francesa, la de los años 1827, 28, 29, 30, cuando España la habían cruzado los soldados de Napoleón, mas también (después) los Cien mil hijos de San Luis, el total libro y el total álbum del mismo, ya figuran en la 1ª edición francesa del año 1808: del año 1808 todos los entonces cinco tomos de texto.

Eso de cinco tomos, todos y el álbum en un solo año, me delatan (y me convencen absolutamente) un plan político, un proyecto militar, una preparación para la imposición a España de una nueva dinastía, la del hermano José (el primogénito, por cierto) de Napoleón el Grande.

Recuérdese al caso, que el corso genial, ya (olvidando su República Cisalpina) había creado un Reino de Etruria (en 1800), un Imperio para su cabeza (en 1805) y también un Reino de Lombardía (en 1805), nuevos Reinos de Baviera y Württemberg (en 1806) para sus aliados alemanes, otro de Nápoles para su hermano José (en 1806) y luego para Murat (en 1808); otro de Holanda para su hermano Luis; otro de Westfallia para su hermano Jerónimo (en 1807), y en el mismo año 1807, había expulsado de Portugal a los Reyes Braganzas... Para esto último ya necesitarían atlas de España los generales napoleónicos, pero mucho más cuando le tocó la suerte a España misma (en 1808), aunque con la

sola mera variación, que se dice pronto, pero que tuvo perduración de más de un lustro, de la resistencia heroica, tantas veces desafortunada, como tantas otras afortunada, con la final victoria nuestra y de los aliados nuestros.

Por las razones apuntadas me llamo yo al álbum de los 49 mapas, el álbum «de la mochila» o «cartuchera», el de los mariscales y generales napoleónicos de la guerra, la «peninsular» que ellos la decían. Lo que no fué obstáculo para que, ultimada nuestra victoria, se publicara en España el álbum en las dos ediciones que tuvo el *Itinerario descriptivo de las provincias de España... Traducción libre,* que publicó en Valencia el editor Cabrerizo: la 1ª (Imprenta de Ildefonso Mompié), en 1816, y la 2ª (Imprenta de Ferrer de Orga), en 1826: «traducción libre», y reducidas varias de las partes y de las más interesantes del original francés, y con escasa frase de recuerdo para el autor, vivo en tales fechas, y sin dar tampoco noticia de otra gran obra hispánica.

El pequeño Atlas geográfico de España debió de prepararse por Laborde para fines que diré turísticos, pero sobrevenidos nuevos planes de Napoleón sobre la península ibérica, acaso al publicarse en 1808 era un instrumento para la ocupación militar de Bonaparte: yo así lo creo.

Si del Atlas de itinerarios se puede pensar, con o sin razón, en fines secretos de intervención napoleónica en España, algo semejante cabría cavilar sobre la plenitud informativa que henche el libro de la media docena de tomos. Porque es de plenitud informativa tan grande, sobre todos o casi todos los aspectos de la vida española (económicos, sociales, administrativos, religiosos, etc.), que el lector, avisado de las fechas de la elaboración del libro pequeño, lo puede imaginar, quizá con razón, quizá sin razón, como un libro para el estudio previo, y luego diario, de un Bonaparte que se le predestinara para improvisado Monarca de las Españas: el libro de texto de un intruso aspirante al asenta-

miento y a la perpetuación de una particular y nueva dinastia, la Bonapartina, diciéndole: así es y así sigue siendo España en todas sus facetas, en todos sus aspectos, en todas sus instituciones y en todos sus antecedentes. Todo eso es, y nada menos que todo eso, el modestamente llamado *Itinerario de la España,* en cinco o en seis tomos.

Los índices, ni aun el del tomo último (que ya no es de regiones, sino del conjunto), lo dicen bastante. Pero con todo, sírvanos, extractándolo, el del tomo VI de la edición 3ª del *Itinéraire descriptif de l'Espagne:* «Administración Eclesiástica. Religión. División eclesiástica de arzobispados y obispados. Capítulos. Abadías y Ordenes religiosas. Estado del Clero. Estado (a comparación y con las sendas estadísticas) del Clero de Francia antes de la revolución. Tribunales eclesiásticos. Recapitulación de las víctimas de la Inquisición de 1481 a 1808. Derechos y jurisdicción del Papa en España. Nombramiento de beneficios. Impuestos sobre el Clero de España. Observaciones (y son, densas, 55 pp.) — Administración de la Justicia. Tribunales inferiores, superiores. Consejo de Castilla. Tribunales de excepción. Estado de la Magistratura de España. Observaciones sobre la organización de los Tribunales y la forma de procedimiento en España (y son 37 pp.). — Nobleza Española. Ordenes Reales y militares. Cuadro de las de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa (y son 40 pp.). — Mayorazgos (7 pp.)... Y siguen lo del estado de las Ciencias, particularmente la Medicina (34 pp. lo de la última), y lo de Literatura, teatro y lengua, y lo de las Artes, la Música, el Baile; y lo de la Constitución física de España y de los españoles, carácter de los hábitos, usos y costumbres, y lo de trajes y lo de ceremonias y fiestas públicas. ¡Todo, piénselo el lector, visto hace siglo y medio, en plenitud de lo tradicional, de lo secular, que bien luego iba a cancelarse! Es, leer a Laborde, conocer bien y cumplidamente toda la España del antiguo régimen, la de los siglos XVII-XVIII, en su total contextura.

Saltando al tomo II (el de Cataluña y Valencia en el *Itinéraire,* de 3ª edición), sacaré del Indice, muy circunstanciado, media docena de expresiones: «Diversiones y Sociedad, fiestas y ceremonias de Iglesia; precios de los comestibles en 1799; la Maestranza y sus fiestas; las de San José (fallas) y San Vicente (Milagros)...» Como cosas raras, recordaré los cuadros históricos de la Inquisición en el claustro de Dominicos de Barcelona, la fiesta de la media cuaresma de los muchachos en la misma ciudad, sus procesiones de Semana Santa, etc. En la media cuaresma corrían los chicos a la busca de la mujer más vieja, y, quieras que no, la aserraban, echada, por la media cintura, simulada y alborotadamente...

Pero mucho más que las cosas y curiosidades típicas ya perdidas, vale la exactitud de las informaciones, y muchísimas veces cifradas. Por cierto que no pudo ver corridas de toros, en aquellos bastantes años prohibidas; como tampoco bailes del carnaval, prohibido desde Felipe V, salvo los años de gobierno del Conde de Aranda como Presidente de «Castilla» (del Consejo). Aún alcanzó torneos, o cosa similar, de las «Maestranzas», hoy meramente titulares.

Pero tales curiosidades citadas, y las demás similares, no valen lo que la información plena de la vida de España en aquel tiempo, y muchas veces cifrada estadísticamente. De ningún otro momento de nuestro pasado, tenemos recogido en un libro un cuadro tan completo y tan detallado, a la vez que tan íntegro: de lo que fué la España de aquel antaño. Debiendo recurrirse al original francés, pues la traducción española recortó excesivamente los textos a traducir. Una nueva traducción española, íntegra y bien anotada, y con las ilustraciones del libro grande, también reproducidas, daría a las generaciones actuales una imagen nítida de lo que era la España del antiguo Régimen, precisamente en la víspera del «levantamiento y guerra y revolución de España» (título del libro de Toreno, historiador de lo que in-

mediatamente después de la visión de Laborde ocurrió en nuestra Patria).

Quiero anotar una nota muy personal. Hablando del clima suave de Andalucía, dice Laborde que un día 20 de febrero tomó el baño en el río Guadalquivir. Y otra de otro carácter, también personal: en 1797, cambiaba en Bayona la moneda, con sobreprecio de la española sobre la francesa. Otra, de su curiosa erudición: que por un Concilio de Barcelona de los primeros siglos, es del año 599 o 600, se prohibe a los eclesiásticos afeitarse la barba y dejar crecer el cabello.

Pero de todo lo que dice y trata, siempre con orden y siempre en su punto, es lo más extenso «la manera de viajar en España», relativo incluso a los esquemas de diálogos con cocheros, muleros..., tema que, sin el menor propósito ajeno al utilitario para el lector, exigióle no menos de 34 páginas explicativas *(Itinéraire*, ed. 3ª, t. I, pp. 175 a 209). Lo que evidentemente indica el gran afán del autor, por facilitar el viaje de España, cuando ya Europa se lanzaba a los viajes (singularmente los ingleses y los franceses) y cuando aún casi nadie, por turismo, venía a esta península occitánica.

Seguramente que Laborde hablaría y del todo bien el español, y acaso otras lenguas de la península (acaso el vasco mismo); pero también sabía el árabe (p. 11 del tomo de Andalucía, del *Voyage)*, pues rectifica a Lozano en la lectura de unas inscripciones. Esto explicará en buena parte los viajes y estudios de su hijo por la Arabia y Siria, y el del Asia Menor que juntos visitaron los dos, dejando sendos libros elaborados en las tales entonces caras, peligrosas y fructíferas expediciones de cultura.

No fué Alexandre de Laborde sólo hispanista, aunque lo fué con mayor predilección y en sus mejores todavía juveniles años: en 1808, cuando estalló la guerra en España con

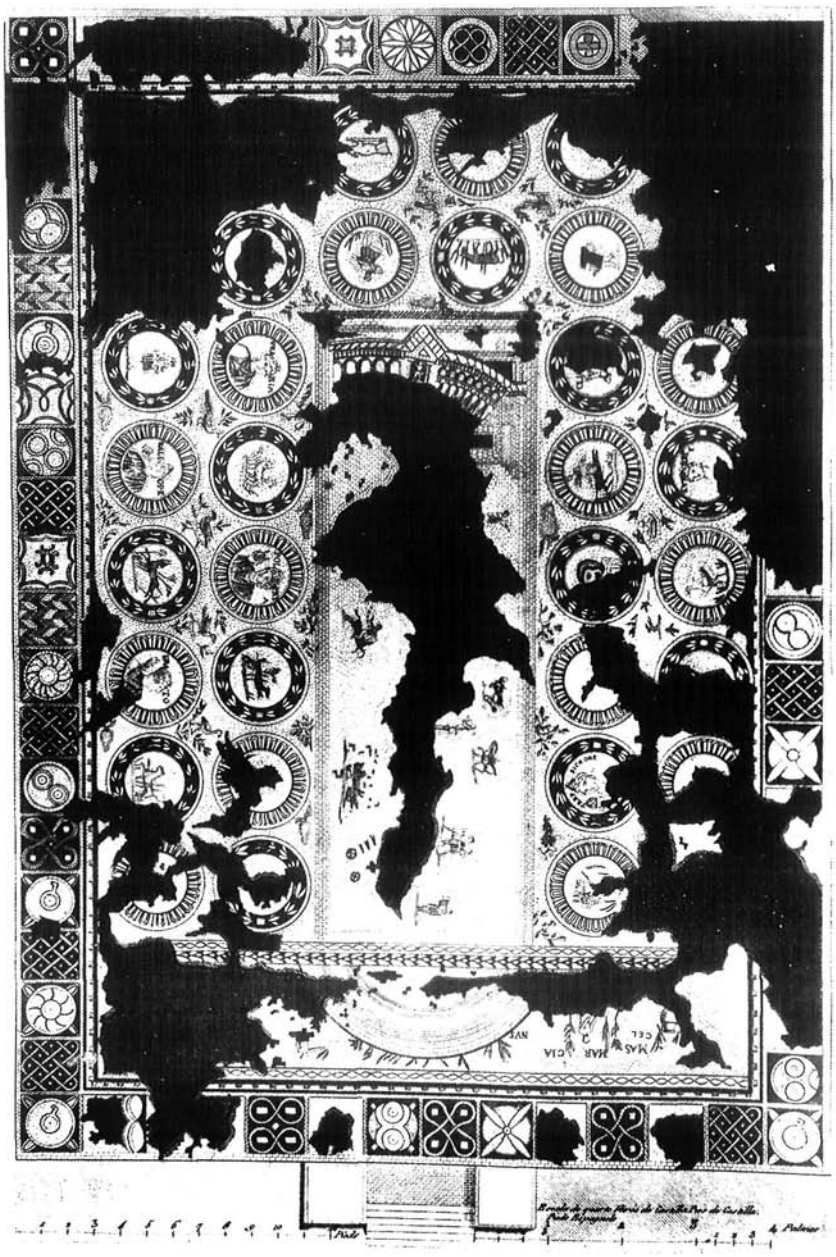
Napoleón, él tenía treinta y cuatro años. Había de vivir todavía hasta la edad de sesenta y ocho, otros tantos treinta y cuatro años; en los cuales si siguió publicando su *Voyage en Espagne* (en tres de sus cuatro volúmenes) y si repitió ediciones de su *Itinéraire*, habíase lanzado a la vez a otros trabajos literarios y a varias empresas políticas: en 1808 fué Auditor del Consejo de Estado, de Francia; en 1810, Director de Puentes y calzadas del Departamento del Sena (entonces mayor que el actual); en 1822, 1827, 1830 y 1841, Diputado a Cortes. Fué Prefecto (Gobernador de provincia) del Sena; fué como General, Ayudante de Campo del Rey Orleáns. De sus actitudes políticas, activas, no daremos noticia; él facilitando, el día crítico, la Restauración Borbónica, y, años después, la caída y la sucesiva monarquía de julio; hablando en la 2ª Cámara en debates políticos, etc. Su saber y sus libros le dieron entrada y prestigio en dos de las Reales Academias de París: la de la Historia («des Inscriptions et Belles Lettres») (desde 1813) y la de Morales y Políticas. Ignoro en qué tiempo recibió o se le revalidó el título de Conde, que presumo que, por primogénito que sería de un Marqués, le correspondió tener en la juventud hasta la caída de Luis XVI. Fué luego de su hijo León, su sucesor en similares y tan múltiples actividades, vocaciones, cargos y en una de las academias, de quien sabemos que fué Conde de Laborde y después Marqués de Laborde: como Marqués de Laborde luego también su nieto, el segundo Alexandre de Laborde, dado plenamente también a los estudios histórico-arqueológicos, que mal creímos fallecido hace pocos años, siendo Correspondiente de nuestra Real Academia de la Historia, Presidente de la francesa Sociedad de Bibliófilos. En 1868 León fué Senador, y antes Diputado.

Del viejo Alexandre, el hispanista, aún se debe recordar una nota especial: durante la primera Restauración francesa hizo un nuevo viaje a Inglaterra para estudiar, y luego

publicar en Francia, el nuevo método de Lancaster (José), el propulsor de la Enseñanza mutua, la que Laborde propagó en Francia.

Creo dejar demostrado que la memoria del magnánimo hispanista merecía entre nosotros una conmemoración centenaria, de la que estas páginas serán el modesto recordatorio.

ELÍAS TORMO.



El mosaico romano de Itálica, perdido. Juegos de circo, las Musas, etc.

Dibujo del propio A. del Laborde (en gran tamaño), reducido y grabado por N. L. Rousseau. Reducción a menos de 1/2, de la media lám. LXXXV del t. II, v. I.

HAUSER Y MENET
MADRID

NOTAS SUELTAS

Hübner (pp. 6, 9, 32, 81, 288, 317...) aprovechó lo por Laborde dicho (y reproducido) de esculturas romanas en España. Laborde no dijo nada del gran acervo de obras tales en La Granja, sitio real, o porque no las viera, o porque las sabía traídas de Roma ya casi un siglo antes, no procedentes de nuestro suelo, por tanto.

La supresión de generalidades por el editor español Cabrerizo en sus dos ediciones en castellano del *Itinerario*, algún precedente tiene en el mismo Laborde: pues en la edición francesa del *Voyage* la Introducción histórica tiene 36 páginas, y en la traducción española del sólo tomo, pero el I, va la Introducción reducida a siete páginas, aunque son de letra más chica. Lo en la 2ª edición española del *Itinerario* no olvidado, está tomado, *grosso modo*, pero muy mutilado, del libro grande francés, el *Voyage*.

El título nobiliario del banquero Laborde fué el de Marqués, que seguramente le daría o Luis XV, o acaso Luis XVI; al primogénito de un Marqués en Francia le correspondía ser Conde, conde Laborde en el caso. El hispanista, al publicar sus libros sobre España, en ellos no se le llama ni Conde, ni menos Marqués, seguramente porque la caída de los Borbones trájoles a los Labordes la pérdida del título. Presumo que a la Restauración de los Borbones quedarían rehabilitados los títulos, y así, después de tal momento, Alexandre se llama «Compte» de Laborde, como después el hijo León, quien andando el tiempo fué «Marqués» de Laborde. Todo lo digo ignorando si cada uno de los dos fué o no primogénito desde su nacimiento: lo presumo, sí, lo presumo.

El académico y catedrático señor Marqués del Saltillo me dice que consultado el libro más indicado sobre la nobleza del Reino de Aragón, no ha logrado ver en ella el apellido Laborde; se refiere a *Revista de Linajes de Aragón*.

Otras dos pruebas hay de que Laborde, en las sucesivas ediciones de su *Itinéraire*, no cambiaba texto, seguro que por no haber vuelto a España: En la guerra de la Independencia se perdieron para Valencia y el arte dos grandes joyas, el Altar mayor de plata de la Seo, medieval, y las antigüedades romanas del Palau: pues uno y

otras se siguen citando en los textos del *Itinéraire* en la edición posterior.

Verdad es que en los precios de los comestibles se repite el coste, sólo que convirtiendo los sueldos torneses de una edición a los francos de la otra, pero hecho el cálculo.

En esto de los precios en España, una vez los refiere al año 1799, y creeré que tomados ya entonces por Laborde de información oral.

El editor Cabrerizo, en sus dos ediciones españolas (y reducidas) del *Itinerario* (1816, 1826), repite ¡al exceso! las cifras, por ejemplo, de número de habitantes. Noto una variación de cuantía, en sólo una de las manufacturas de Valencia, la de la seda: Cabrerizo dice 1.700 telares en la ciudad en la edición de 1816, y 3.000 en la de 1826.

El *Voyage en Orient*, 1830, de los Laborde (Alexandre y León), si tiene 400 vistas y sitios históricos, no son en grabado, caro, sino en la entonces nueva técnica de la litografía, barata, y son a trabajo del propio León. Es por tanto caso distinto al de la magnanimidad del hispanista, padre suyo.